

# El secreto de Dios

Mauricio A. Figueroa Candia

Una vez le pregunté a mi hijo cómo creía que eran las cosas en 1966. Me dijo que se lo imaginaba todo en blanco y negro, porque antes debe haber habido menos colores. Ese fue el año en que conocí a Rube Goldberg. Para ese entonces, ya era célebre y tenía su entrada en el *Random House Dictionary of the English Language*, pero yo la verdad es que no supe de su fama hasta bastante después de que lo vi por última vez. Estaba viejo, efectivamente monocromo y derrotado, aunque todavía entregado con algo de vergüenza a lo que, luego entendí, había sido su empeño vital.

Nos conocimos un día temprano, en la calle. El señor Goldberg estaba parado al lado de un montón de arena no contable, que miraba fijamente. Interesado, me detuve y miré también: al parecer, alguien había trazado encima una figura, pero ahora, porque la arena es arena, resultaba indescifrable o irreconocible. “Falta una línea”, me dijo, “Falta justo la línea que explica este grupo de arenas. Sin embargo, dado que no conocemos la línea, ni su longitud, bien podría ser cualquiera”. Esa fue nuestra primera interacción.

La mañana siguiente lo encontré allí mismo. Sin prestarme atención, me expuso su teoría de los aparatos: “A menos que se haga un esfuerzo mediano –comenzó diciendo–, uno asumiría que este montón de arena es el mismo que el que vimos ayer y que, en consecuencia, no tiene nada de extraordinario. Yo lo veo de otra manera: si este montículo fuera efectivamente el mismo, sería un montículo de verdad extraordinario (un montículo contra-entrópico). Por supuesto, el problema no es el montículo, sino las definiciones. ¿Qué es el montículo? ¿Es sus partes, la disposición que toman, o ambas? ¿Puede existir independientemente de su definición?”. Continuó: “Mi sueño es construir un aparato infinitamente complejo, tan complejo como esta constelación, pero que a diferencia de la arena no haga nada o, mucho mejor, que haga algo completamente

inútil, como cambiar la orientación de un objeto esférico, o dibujar un punto sobre uno que ya existe. Se trataría de un milagro común y corriente, como el de las burbujas de jabón”. Yo andaba apurado, así que me tuve que ir justo después de lo de “contra-entrópico”, pero por fortuna el narrador tomó nota y yo lo leí después, cuando apareció este cuento.

La tercera mañana ya no estaba, pero la arena permanecía. El montículo se veía como siempre, aunque esta vez una larga línea lo recorría (una cicatriz temporal, un tatuaje pasajero). Decía: “Ningún niño juega a cronometrar cuánto demora en desaparecer una burbuja: juega con las burbujas mientras lo son. La muerte es parte del juego”. Ahora, que mis mejores años ya pasaron, sospecho que mis palabras son torpes.